

procedimientos de Europa expresemos nuestra alma vernácula, nada más saludable para quien con honradez intente el ensayo de nuestro teatro, que todavía está esperando a su animador, que la lectura de estas fuertes y desnudas páginas de Strindberg.

DE MI VIDA. MEMORIAS POLITICAS, 1899-1913, por RODOLFO REYES.—Madrid, *Biblioteca Nueva*, 1929.

En la noche triste de la dictadura porfiriana, noche que todavía perdura para desgracia de México, hubo entre los amigos y colaboradores del dueño del país azteca, quienes, con lealtad, quisieron prestar una colaboración honrada e inteligente a la satrapía de ese indio afortunado, autoritario y feudal.

Una de esas figuras próceres parece haber sido el general Bernardo Reyes, que el autor de este libro recuerda y revive tratando de conciliar—¡síntesis difícil y heroica!—su imparcialidad frígida de juez con su afectuoso respeto de hijo.

Digamos, en homenaje a la verdad, que el señor Reyes, hombre culto y sereno, sabe dar a su relato, con la animada entonación de una obra de arte, la dramática vibración de un documento humano.

Este libro de memorias políticas se lee con el sostenido interés de una novela. Es una nueva luz que alumbra la interrogación de la tragedia de México. Conocemos en la intimidad a Porfirio Díaz y su grupo de “científicos”. La figura austera del General Reyes puede, en un momento variar el curso de la historia de México y ser—milagro de las combinaciones políticas—la salvación de Porfirio Díaz. Pero el viejo cacique recela y, entregado en brazos de la camarilla, aleja al único hombre que pudo darle el aura popular que faltaba al tirano. Tal, al menos, nos parece la personalidad del General Bernardo Reyes, en este libro que, ardiente de veneración y gratitud filiales, escribe quién fué el colaborador más eficaz del austero varón.

Caído Porfirio Díaz, Madero inicia la nueva vida mexicana y su debilidad, su falta absoluta de tino político, su ingenua buena fe, hacen de él la primera víctima de la revolución. Lo demás es el pan nuestro de cada día y todos lo conocemos: asonada, motín, cuartelazo, traición, asesinato. Todas las formas del horror y la tragedia. Madero, “el apóstol de los ojos ausentes”, como maravillosamente lo llama Araquistain en su libro apologético, no pudo evitar el huracán que ha arrasado con la vida civil de ese país heroico hacia cuyo porvenir miramos llenos de angustia y de esperanza. Atalaya en la frontera

de la raza, sus permanentes discordias internas hacen temer por su futura independencia política. Ya son varios los altos y puros espíritus que, voz en el desierto, claman por la influencia cada día creciente del capitalismo norteamericano en la vida interna de México. ¿Qué conquista se habría obtenido entonces como compensación a los mares de sangre derramados desde la tiranía patriarcal de Porfirio Díaz hasta el actual cesarismo de generales de montonera que se turnan en el poder?

Estas y otras reflexiones surgen de la lectura de este libro, admirable homenaje de un hijo digno a la clara memoria de un padre viril y entero.

LOOPING, por JUAN MARÍN.—Santiago de Chile, *Imprenta Nascimento*, 1929.

¿Tendremos que decir frente a *Looping*, el primer libro de Juan Marín, que estamos en absoluto y total desacuerdo con su manera poética? Lo cual no será óbice para que juzguemos su obra no sólo sin antipatía sino con un franco deseo de comprenderla y hasta con una admirativa cordialidad por la bella audacia del intento.

Marinetti, con sus tan famosas como incoherentes “palabras en libertad”, dió el ejemplo a las juventudes literarias del mundo. Fué la irrupción romántica, desenfrenada e irrespetuosa contra toda tradición ilustre, contra todo clásico prestigio. Era aquello la locura en mangas de camisa trasladada al terreno literario. Se pretende que ese cocktail estridentista sea la síntesis de la época. Más aún: se pretende que eso sea la superación de nuestro tiempo porque corifeos y prosélitos se dan a sí mismos el enfático y pretensioso calificativo de futuristas. Y a los que no están con ellos (quien no está con nosotros, está contra nosotros) lo hunden, con epíteto lapidario, en el quinto abismo de su desprecio. Lo llaman pasatista y tras este anatema no hay apelación. Fuera de la Iglesia no hay salvación.

En esta vorágine, hélice loca que da su ronco son mecánico, navega Juan Marín. Y lo lamento porque es una bella inteligencia. Creer que se hace poesía moderna porque se habla de jazz-band, aviones, bataclanas, rascacielos, me parece tan ingenuo como creer que se interpreta la poesía mística hablando de hostias, cirios, inciensos y mirras. Hubo una época de enfermedad orientalista en que se creía con toda buena fe comprender el misterio del alma milenaria de oriente, hablando de pagodas, geishas, dragones y mandarines. Cuando llegó la filosofía china, la poesía japonesa y la novela rusa, empezó a